

CONCLUSIÓN

El Aredicador después del sermón.—Ultima palabra

Predicador, en pronunciando su oración, baje del púlpito y se retire, statim descendit, receditque in pace, no significa en manera alguna que el orador sagrado con haber pronunciado su discurso haya rematado enteramente su trabajo. Debería imitar lo que hizo de una vez aquel Orador de gran fama, el cual, conociendo la vanidad de los aplausos mundanos, se retiró á un convento, diciendo: «Abandono la cátedra, desde donde he visto brillar sobre mi cabeza la estimación de mi Pastor y de mi pueblo. Voy á deshacerme de esta aureola para encontrarme otra vez delante de mi Dios y delante de mi debilidad y de mi nada.

a) Así, el orador, recogido donde no peligre de ningún mal aire su cuerpo, tal vez arroyado del sudor y fatigado por el cansancio de la peroración, enciérrese por algún espacio de tiempo en absoluto silencio con los que le rodean, para el fin de mitigar así la irritación de la garganta escaldada, si ha predicado con entusiasmo.

b) Luego póngase en la presencia de Dios, pidiéndole perdón de las faltas que hubiese cometido por fragilidad, y ruéguele humildemente que fructifique en los corazones la buena semilla que acaba de sembrar, y que se hayan de trocar en hoces de siega en el confesionario las lanzas que ha e nristrado en el púlpito.

c) Después, entrando dentro de sí mismo, cuide de no caer en alguno de los extremos, entrambos peligrosos. Quiero decir: si le parece que el sermón ha salido de sus labios con aplauso del auditorio, y oye las felicitaciones de los amigos sinceros ó de los menguados aduladores, será muy fácil que, sin darse tal vez cuenta, su espíritu empiece á henchirse de propia estimación, que le haría perder buena parte del mérito sobrenatural de sus trabajos y sudores. Entonces, con diligencia, pregúntese sinceramente lo que clamaba San Juan Crisóstomo á sus oyentes que le aplaudían en la misma iglesia: «¿Qué provecho saco yo de mis sudores y de vuestros aplausos, si los que me aplauden no se aprovechan de mis palabras?» (1).

Por el contrario, si el discurso no ha salido tan airoso y tan bien recibido como el predicador había imaginado, ni hallare á nadie que le dé la enhorabuena, el amor propio cabizcaído se carcomerá de cierta vaga tristeza y desfallecimiento. El predicador virtuoso, al darse cuenta de estos afectos lúgubres, como su conciencia le diga con imparcialidad que ha hecho lo que estaba de su parte, adore humildemente á Dios, y bese cariñosamente su mano, y entréguese con toda confianza en su paternal Providencia. Con esto no se turbará, antes la sonrisa ondeará apacible en sus labios cuando sepa que hombres malsines—que no faltarán—á sus espaldas le están mordiendo con sus bocas venenosas, los cuales nunca tienen una palabra de alabanza (si no es cuando adulan á quien les puede pagar el obsequio) y de continuo critican con maledicencia lo que no sale de su corazón enano y ruin.

d) Cuando tuviese ya el espíritu tranquilizado y el cuerpo descansado, note con diligencia lo que haya de corregir ó quitar del manuscrito; así, sus sermones irán perfeccionando seguramente. Después bien puede descansar en paz.

2 Y con estas brevísimas reflexiones también ponemos punto final á nuestro humilde trabajo. Hemos procurado bosquejar un estudio razonado de la Oratoria Sagrada, fundamentados sobre principios universales, y procediendo por deducciones enseñadas por los principales Maestros de esta clase de conocimientos, y corroborándolo todo con ejemplos ó modelos de predicación cristiana.

En este lugar postrero, bien podemos poner lo que escribió el Ven. Luis de Granada en el fin de su *Retórica Eclesiástica:* «Nadie discurra que, por haber dado tantos preceptos de arte, cerramos la puerta al Espíritu Santo y le ponemos embarazos en la predicación, pues desde el principio hemos dado el primer lugar y hemos enseñado que es la primera causa este Espíritu Divino».

Por lo demás, no hay duda que entre todas las virtudes intelectuales y morales, supuesta la vocación divina, ha de sobresalir el deseo ardentísimo de procurar por todo el mundo la mayor gloria de Dios y de ganar todas las almas para N. S. Jesucristo, que murió por todos nosotros, siquiera seamos grandísimos pecadores.

Acerca de este deseo, dice Granada, lo que formará el remate de este trabajo humilde: «El que se destina á este deseo debe tener tanta sed de la gloria de Dios y salvación de los hombres, cuanta ni el más avaro de las riquezas, ni el más ambicioso de las honras, ni ningún general de la victoria y triunfo de sus enemigos. Porque este ardentísimo deseo que proviene de la raíz de la caridad es tan propio de los Predicadores evangélicos y tan necesario para cumplir con su oficio que, en mi dictamen, aquel que esté destituído de este ardor y deseo, hará bien en no emprender este oficio... De este fuego interior del Apóstol se desprendieron aquellas centellas de las siguientes palabras: «Quisiera ahora hallarme entre vosotros y mudar mi voz (esto es, transformarme en todas las figuras del orar); porque me confundo en vosotros (Gal. IV)».

«Estas expresiones y otras muchas inspira este ardentísimo deseo al ánimo del Predicador, que á veces está que no coge en sí, y parece que está para rebentar, quando ve la Religión despreciada, los vicios dominantes..., y contempla el peligro de las almas. Así no hay piedra que no mueva, ni deja cosa que no intente para sacar á los hombres de la mis-

⁽¹⁾ Hom. XXX in Acta Apostol.

ma garganta del dragón, y librarlos de la eterna ruina que les amenaza. Tan grande es la fuerza y el poder de este ardor, que solamente puede mover é inflamar aquel celestial Espíritu. Por tanto, no sin razón dijimos ser éste el Maestro principal de esta obra y artificio. Este es aquel artífice de los valerosos que, como en un torvellino, bate una pared; esto es, rompe y hace temblar los pechos, por más endurecidos que estén con la vieja costumbre de pecar. Esta es aquella voz del Señor que hace rajar los cedros, que apaga las llamas del fuego... y que rompe, finalmente, por todo lo que se le resiste. Esta voz, pues, este ánimo, este ardiente y concitado deseo deve tener qualquiera que se dispone á ejercer dignamente este profético y apostólico ministerio. Por lo cual, preguntando un varón piadoso, que comenzaba á predicar, á un maestro consumado y de larga experiencia en esta arte: ¿de qué necesitava más para ejercerla con acierto? Nada más, respondió él, sino que el Predicador esté abrasado en ferventíssimo amor de nuestro Señor Jesu-Christo», á quien sea toda la honra y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Christus autem heri et hodie et in saecula

ÍNDICE

	Página
Preámbulo: Jesucristo.—Su predicación.—Nos manda predicar.—Nuestra obligación de predicar.—Necesidad del Arte oratoria.—Objeto y plan de esta obra	ХI
PARTE I	
CAPÍTULO I.—Diferencia específica entre Oratoria, Elo- cuencia y Retórica	23
ciones	24
sidad de cultivar este don Observaciones	30
ART. III.—Definición y naturaleza de la Retórica	33
CAPÍTULO II.—Definición de la Oratoria Sagrada.—De	
cómo concurren en ella las cuatro especies de causa	37
ART. I.—Definición de la Oratoria Sagrada	37
el P. Luis de Granada	37
ART. III.—Objeto material de la Oratoria Sagrada	41
Art. IV.—Objeto formal de la Oratoria Sagrada.—Dos di	
ficultades	43
Art. V.—Causa final de la Oratoria	47